



CAPITULO IX.

Aparición y desaparición

—Amigo Arturo—dijo al día siguiente el señor Meagles á Clennam,—mi mujer y yo hemos hablado de nuestra entrevista de ayer, y ya no podríamos estar tranquilos si dejáramos las cosas en tal estado. Esa elegante parienta... esa buena señora que usted vió aquí ayer...

—Comprendo.

—Ese ornamento de la sociedad, á pesar de su condescendencia, podría muy bien desfigurar los hechos respecto á nosotros para dejarnos en mal lugar. Estamos dispuestos á sufrir muchas cosas por nuestra hija; pero si esto le fuera igual, preferiríamos no dejar sin contestación las insinuaciones de esa dama.

—Bien—contestó Arturo,—continúe usted.

—Esto podría perjudicarnos en el ánimo de nuestro yerno, y hasta en el de Minnie, ocasionando no pocos disgustos domésticos. ¿Me comprende usted bien?

—Perfectamente; tiene usted mucha razón en todo cuanto dice.

—En su consecuencia—prosiguió Meagles,—mi mujer y yo estamos muy dispuestos á preparar nuestro equipaje para emprender la marcha y dirigirnos á Italia en busca de nuestra hija.

—Yo creo—replicó Arturo, conmovido al observar el rayo de alegría que iluminaba el rostro de su amigo,—que no puede usted hacer nada mejor. Si me pide usted, pues, mi parecer, le aconsejo que marche mañana.

—¡Muy bien!—exclamó Meagles.—A esto llamo, mujer, una aprobación en regla.

La señora Meagles contestó que en efecto no se podía obtener mejor aprobación.

—El hecho es—dijo Meagles,—que mi yerno ha contraído ya nuevas deudas, y supongo que deberé sacarle de apuros otra vez; aunque no hubiera más que este motivo, bueno será que vayamos allí, como amigos, para ver algo de lo que pasa; pero por otra parte mi mujer se inquieta, y es natural, por la salud de su hija, la cual no debe estar sola en un momento como este, mucho menos hallándose tan lejos de nosotros.

—Es mucha verdad—contestó Clennam;—he aquí más razones de las que se necesitarían para marchar.

—Me alegro mucho que piense usted como yo, porque así me decido de una vez. Mujer, ya puedes comenzar los preparativos. Lo que siento es no tener ya nuestra pequeña intérprete Tattycoram, que hablaba tres lenguas además de la suya, pues en el extranjero siempre necesito alguien que me saque de apuro para no tropezar á cada paso; voy bien hasta el sustantivo, pero pasando de aquí me embrollo... En fin, mi mujer me ayudará.

—Si usted quiere, pondré á Cavalletto á su disposición; no quisiera perderle, pero ya sé que me lo devolverá usted.

—Gracias, Arturo—contestó Meagles, después de reflexionar un momento,—ya me arreglaré con mi mujer; ese hombre le es á usted muy útil, y no quiero privarle de sus servicios, sin contar que Dios sabe cuándo volveremos. No, Arturo, decididamente utilizaré los servicios de mi mujer.

Clennam pensó que de un modo ú otro saldrían del paso y no insistió más.

—Si quiere usted venir á casa algunas veces para descansar ó mudar de aires, cuando no sepa usted qué hacer, acuér-

dese de nuestra morada, pues nos alegraremos saber que sigue visitándola como verdadero amigo. Usted pertenece de tal modo á la casa, Arturo, y le queremos tanto como de la familia, que hubiéramos sido todos felices si se hubiese podido arreglar... pero veamos cómo está el tiempo para el viaje.

Meagles se levantó y asomóse á la ventana, conviniendo después todos en que el tiempo prometía ser magnífico.

Clennam esperó á que los ánimos se calmasen un poco, y entonces habló de Enrique Gowan, elogiándole por sus cualidades y por el afecto sincero que parecía profesar á su esposa. Arturo no dejó de producir en el ánimo del digno Meagles el efecto apetecido; estos elogios le pusieron de muy buen humor, y aseguró que su más vivo deseo era vivir en buena inteligencia con su yerno.

En pocas horas quedaron los muebles cubiertos con sus fundas, para preservarlos del polvo durante la ausencia de la familia, y cuatro días después los esposos Meagles emprendieron la marcha. La señorita Tickit y el doctor Buchan quedaron encargados de guardar la casa; y en los solitarios andenes del jardín no se oyeron ya más que las pisadas de algún paseante solitario que hacía crujir la hojarasca.

Como á Clennam le gustaba mucho aquel sitio, rara vez dejaba pasar una semana sin volver, y en algunas ocasiones permanecía allí solo desde el sábado hasta la mañana del lunes. Su socio le acompañaba cuando tenía tiempo, pero sólo se paseaba una hora ó dos en la casa y en el jardín, para asegurarse de que todo estaba en orden, y regresaba á Londres. La señora Tickit estaba sentada siempre junto á la ventana del comedor, esperando el regreso de la familia.

Un día la fiel ama de gobierno recibió á Arturo con las siguientes palabras:

—Señor Clennam, voy á darle una noticia que le sorprenderá.

La noticia era tan interesante, que la señora Tickit había abandonado su ventana favorita para bajar hasta el jardín cuando Clennam franqueaba la verja.

—¿De qué se trata, señora Tickit?—preguntó.

—Señor Arturo—contestó el ama de gobierno, conduciendo á su visitante al comedor,—ó jamás he conocido á esa infeliz muchacha que nos abandonó en un momento de extravío, ó es la misma que ví ayer en carne y hueso á la hora del crepúsculo.

—¿Quiere usted decir que era Tatty...

—...coram? Sí, señor—interrumpió la señora Tickit, acabando de pronunciar el nombre.

—¿Dónde?

—Señor Clennam, yo tenía los ojos un poco pesados, sin duda porque he de esperar antes más de lo acostumbrado el té que preparaba Juana; á decir verdad, faltaba poco para que me rindiese el sueño, pero conservaba los ojos bien abiertos.

—Sí, sí, ya comprendo—repuso Clennam, deseoso de evitar más explicaciones.

—Pues bien, pensaba yo en aquel momento en la familia, no en la de hoy, sino en la de otro tiempo, cuando de pronto vi á esa muchacha que miraba á través de la verja; pensé que era un sueño, pero como de repente desapareció, sobrecogióme cierto miedo y me puse en pie.

—¿Y no salió usted fuera para cerciorarse?

—Sí, señor; y tan ligera como pude; pero, cosa extraña, en toda la vasta extensión que podía abarcar con la mirada no divisé ni la sombra de esa joven.

Arturo preguntó al ama de gobierno si había franqueado la verja.

—Sí, señor—contestó la buena mujer,—salí y anduve por todos lados, pero sin ver la menor huella de Tattycoram.

Clennam se sintió muy dispuesto á creer que el ama de gobierno había soñado, mas no quiso herir la susceptibilidad de la señora Tickit; y probablemente no hubiera creído nunca una palabra de cuanto le había dicho la buena mujer, si una circunstancia imprevista no hubiese modificado su opinión.

Al anoecer de aquel mismo día, Arturo cruzaba por el Strand, precisamente á la hora en que se encendían los faroles, cuando de pronto debió detenerse, como los demás transeúntes, hasta que acabaran de pasar unos carros cargados de carbón que formaban una larga fila; cuando el paso quedó libre, miró á su alrededor, como si hubiera olvidado el camino que debía seguir, y entonces vió á dos pasos de sí á Tattycoram, tan cerca, que casi hubiera podido tocarla con el brazo. La joven iba acompañada de un hombre de aspecto fanfarrón, bigote negro y mirada aviesa, que á juzgar por su manera de embozarse en un pesado capote, debía ser extranjero. Como era bastante más alto que Tattycoram, inclinábase para escuchar lo que la muchacha le decía, y miraba á su alrededor con el aire receloso de un hombre que teme ser perseguido.

Clennam resolvió al punto seguir á la pareja para ver á

dónde iba, y obtener si era posible la clave de aquel misterio. Ya había dado algunos pasos, cuando fué preciso detenerse otra vez, porque la pareja se internó de pronto en el pasaje Adelfi: Tattycoram servía evidentemente de guía al extranjero, y dirigióse hacia la terraza que domina el Támesis.

Clennam se detuvo en la esquina sin perder de vista á la pareja, que avanzaba á buen paso; el extranjero hacía tanto ruido con las botas en el sonoro pavimento, que Arturo temió llamar su atención si despertaba nuevos ecos, pues en aquel instante no pasaba nadie más por allí; pero cuando la misteriosa pareja hubo doblado la esquina, siguióla á cierta distancia, aparentando ser un paseante ocioso.

Tattycoram y el extranjero avanzaron entonces hacia una persona que parecía dirigirse á su encuentro: si Clennam la hubiese visto sola en las mismas condiciones de luz y de distancia, tal vez no la hubiera reconocido á primera vista; pero la presencia de Tattycoram le bastó para convencerse al punto de que era la señorita Wade.

Clennam se detuvo de nuevo, mirando á todos lados, como si esperase alguna persona, pero sin perder de vista á los tres paseantes. Cuando éstos se hubieron reunido, el extranjero se descubrió para saludar á la señorita Wade, Tattycoram pareció presentarle á su ama, excusándose de alguna cosa, y después retiróse algunos pasos para dejarlos solos. La señorita Wade y el extranjero comenzaron entonces á pasear por la terraza: la primera se mostraba tan altiva como de costumbre, y el segundo sumamente cortés.

Al llegar cerca de la esquina para alejarse de nuevo, la señorita Wade decía á su acompañante:

—Si yo me perjudico en algo por eso, sólo es cuenta mía; usted no se ha de ocupar sino de aquello que le importe, absteniéndose de hacerme preguntas.

—¡Por vida mía, señora!—exclamó el desconocido saludando de nuevo,—si yo he cometido una indiscreción, advierta que es sólo por respeto á su carácter y por la admiración que me causa su belleza.

—No necesito ni una cosa ni otra—contestó la dama,—y de un hombre como usted menos que de nadie. Continúe usted su informe.

—¿Me dispensará usted?—preguntó el extranjero con tono de humilde galantería.

—Le pago—contestó la dama,—y esto debe bastarle.

Arturo no podía adivinar si Tattycoram se conservaba á

cierta distancia porque no debía oír la conversación, ó porque sabía ya de qué se trataba; cuando su ama volvía, la joven imitaba el movimiento, mirando al río. Por casualidad había allí otro paseante que realmente esperaba á alguien, y que tan pronto se detenía á contemplar las ondas como avanzaba hacia la obscura esquina para mirar la calle, de modo que la presencia de Clennam llamaba menos la atención.

Cuando la señorita Wade y el extranjero se acercaron otra vez, la primera decía:

—Es necesario que espere usted á mañana.

—Dispéñeme usted que le haga presente—replicó el desconocido,—que esto me contraría mucho. ¿No se podría arreglar esta misma noche?

—No; le repito á usted que debo ir á buscarlo yo misma antes de dárselo.

Al decir esto la señora Wade se detuvo á medio camino como para poner término á la entrevista, y el desconocido la imitó; mientras que Tattycoram se acercaba á ellos.

—La verdad es—repuso el extranjero,—que esto me perjudica un poco; pero no es nada en comparación del servicio prestado. Precisamente me hallo sin dinero esta noche; y aunque podría apelar á un excelente banquero, no quisiera dirigirme á él hasta el momento de girar contra su casa una suma redonda.

—Enriqueta—dijo la señorita Wade,—entiéndete con ese... caballero para enviarle algún dinero mañana.

La dama pronunció la palabra caballero con un tono singularmente desdeñoso y continuó su camino.

El desconocido, que iba detrás, se inclinó de nuevo para oír lo que le decía Tattycoram, y Clennam observó que la joven fijaba de vez en cuando en el extranjero sus negros y brillantes ojos, procurando no acercarse mucho á él mientras andaban.

Algunos pasos ruidosos y solitarios anunciaron á Clennam que el desconocido volvía solo; entonces se dirigió al centro de la calzada y pudo ver cómo el extranjero se alejaba rápidamente, tarareando una canción francesa.

En aquel instante, Clennam se hallaba solo; y deseando más que nunca saber á dónde se dirigían aquellas dos mujeres, á fin de poder dar á su amigo Meagles algunas noticias, salió de aquel sitio por la extremidad opuesta, pues supuso, muy acertadamente, que la señorita Wade y su doncella seguirían una dirección contraria. En efecto, no tardó en divisarlas cer-

ca del pasaje en un callejón sin salida, donde se habían introducido para dejar al extranjero tiempo de alejarse; después cruzaron una calle, y cogidas del brazo, prosiguieron su camino rápidamente, sin que Clennam las perdiese de vista ni un momento.

Poco después, las dos mujeres atravesaron por Covent-Garden, encaminándose hacia el noroeste, y como éste era terreno muy conocido para Clennam, costóle muy poco seguir las. Ya se preguntaba á dónde irían por allí, cuando observó, con no poca sorpresa, que entraban en la calle misma donde vivía el Patriarca, y su asombro creció de punto al verlas llamar á la puerta del anciano Casby. La puerta se abrió al punto, y después de dirigir una pregunta á la criada, las dos mujeres entraron.

Como para asegurarse de que no soñaba, Arturo dió dos vueltas delante de la casa, y luego llamó á su vez: la misma criada le abrió la puerta y condújole á la habitación de Flora.

La viuda estaba con la tía Finching: esta respetable dama, sentada en un cómodo sillón cerca del fuego, junto á una mesita, y con su taza de té delante, tenía un pañuelo blanco extendido sobre las rodillas y preparábase á saborear dos tostadas con manteca. Al ver á Clennam exclamó:

—¡Ah condenado! ¡ya está aquí otra vez!

Esta exclamación hubiera inducido á creer á cualquiera que la implacable anciana, midiendo el tiempo, no por la marcha del reloj, sino por la viveza de sus sensaciones, se figuraba que Clennam acababa de salir, siendo así que habían transcurrido al menos tres meses sin que Arturo se atreviera á presentarse ante la formidable anciana.

—¡Bondad divina, Arturo!—exclamó Flora, levantándose para recibir con la mayor afabilidad al visitante. ¿A qué milagro debo esta sorpresa?... No se le ve á usted nunca por aquí, y debo creer que nos olvida completamente, Arturo... Doyce y Clennam quiero decir... Ahora tomará usted una taza de té y una tostada. Vamos, siéntese más cerca del fuego.

Arturo tenía prisa por explicar el objeto de su visita inesperada, pero se lo impidieron por el pronto las cariñosas frases de Flora.

La tía Finching, que acababa de engullir toda una tostada, excepto la corteza, ofreció esta última á Flora, que la tomó sin vacilar, como si fuese valor entendido.

—¿Y la niña Dórrit?—preguntó Flora.—¿Qué se ha hecho de ella después de aquel inesperado cambio de fortuna?